



Joan Fuster

## En Denia, para comenzar

23/04/2022 18:00

(Este artículo se publicó en La Vanguardia el domingo 28 de noviembre de 1976. Fue la primera colaboración de Joan Fuster en este diario)

### El “carnot”

Nos sentamos en la terraza de un café, y pedimos la bebida local: “carnot”. El camarero parece un poco sorprendido. “Dos carnots, sí”, insiste mi amigo. Y explica: “En estos establecimientos con clientela de turistas, ya casi nunca lo sirven. Al fin y al cabo, es un trago de pobres. Le llaman “el whisky dels pobres”, y si vas a cualquier taberna no sofisticada, basta que digas “whisky” para que te den “carnot”. La broma con el nombre es toda una costumbre...”. El juego irónico, desde luego, resulta justificado: por el color, sin duda, la confusión sería posible. El líquido tiene la consistencia ambarina y transparente del más acreditado “scotch”. Mi acompañante, salvado el inciso, continúa con su tema:

—Y Denia era una excepción. En todo el litoral valenciano, éste era el único pueblo que escapaba a la pura fatalidad agraria. Valencia y Alicante son casos aparte, claro. En las grandes ciudades todo es distinto, aunque en las de acá no lo sea demasiado. Sólo Denia. Quizá Burriana pudiera contarse como un caso similar. No lo sé. Creo que alguien ha escrito un papel sobre eso. Le recuerdo muy vagamente...



Parque Natural del Montgó (Terceros)

El primer sorbo de “carnot” decepciona. Es el clásico brebaje confeccionado con alcohol y hierba de la montaña más próxima. Las hierbas, en Denia, procederán del Montgó, supongo. Por esta zona abundan las variantes autóctonas de licor, y cada una con su denominación propia. No difieren gran cosa. Por lo menos, el paladar del visitante no advierte un matiz excesivamente personal que las distinga. Lo curioso es que la de Denia se llame “carnot”. La palabra carece de etimología conocida. ¿No vendrá del apellido de aquel Presidente de la República Francesa, que murió asesinado? Mi ignorancia sobre monsieur Carnot es completa. Tal vez fue un burgués de izquierdas, como cualquier

hijo de vecino. O tal vez ni siquiera eso. La relación entre el político y la bebida, de todos modos, queda muy enigmática.

La uva, la naranja, los forasteros

—También Denia era una población agrícola, y en buena parte, lo sigue siendo. Antes, lo era con otro carácter. Todavía abunda la viña, ya lo has visto. El naranja la está desplazando, en la medida que el terreno lo permite. Hoy, la uva no resulta rentable. Pero este es un país de pámpanos y racimos. El negocio consistía en hacer pasa, y en exportarla. Bueno: los de aquí hacían la pasa, y los extranjeros la exportaban. O sea que, a nosotros, la afluencia de forasteros no nos pilla desprevenidos. Ahora son turistas; entonces eran comerciantes.

La multitud pasea. Anochece, y los escaparates y los anuncios cumplen con su deber. Las tiendas son las que ya se podían esperar: las mismas de toda la costa, de Cadaqués a Santa Pola. La temperatura merece adjetivos ditirámicos. Tanto, que incluso las autoridades municipales habían pensado dedicarle un monumento, en mármol o en bronce. Un “monumento al Clima”, ni más ni menos. Se dice que el proyecto presentado por

alguien —un escultor o un concejal — tenía como elemento básico un termómetro de dimensiones colosales... La noticia data de cuatro e cinco años. No me atrevo a preguntar si la iniciativa se llevó a cabo. Mi informador va por su lado, y no quiero interrumpirle.

—No creo que éste sea el caso de Burriana. El comercio de exportación, en las zonas naranjeras, lo han manejado casi siempre personas de la localidad. Un propietario rural medianamente listo marchaba a Amberes o a Liverpool, a París o a Hamburgo, y vendía su fruta. Al volver a casa, ni se le notaba el menor rastro del viaje. La gente del campo es impermeable. A lo sumo aprenden un poco de idiomas, pero no llegan a perder “el pelo de la dehesa”. Lo de Denia era diferente. Los extranjeros venían aquí, aquí pasaban tiempo, a menudo compraban una casa, construían su “bungalow”. Fueron afables, tolerantes, liberales. Y eso se contagia.

Al tercer intento de consumir mi «carnot», renuncio. Puestos a beber, es más prudente hacerlo como los ricos. Whisky por whisky, el de Escocia. La experiencia lo demuestra, además. Los ricos no se chupan el dedo. Ellos han inventado el Partenón, la filosofía platónica, y las restantes filosofías, y la “Divina Comedia”, y la poesía de Shelley, de Mallarmé, de Riba, las novelas de Musil y de Miller, los ensayos de Fromm y de Marcuse, la Bauhaus, la pintura abstracta y la que no lo es, el acceso a la Luna, los televisores y las “cassettes”, las lociones “after-shave”, el cine “verité” y el otro y el de más allá, y la píldora, y el estructuralismo, y... Y el whisky. De momento, considero oportuno apuntarme al escocés. Hemos rendido el pertinente tributo al folklore: media copa de “carnot”. No se nos puede exigir más. Me inclino a reintegrarme a los hábitos alienadores del “consumismo”, y convenzo a mi acompañante.

—Dos whiskies dobles, por favor.

El camarero, esta vez, se muestra afectuoso.

—Hablábamos de Denia...

## **La decadencia**

—Sí. Lo de la pasa se acabó. No del todo, naturalmente. Pero, un día, salió al mercado la de Corinto. Parece que la uva de Corinto no tiene granillos de simiente, y sus pasas, en consecuencia, son mucho más cómodas de comer. Quizá no sea exactamente eso. Yo nunca las he probado: ¡hasta ahí podíamos llegar! Pero eran de mejor calidad, lo son... Las señoras británicas prefirieron para sus púdings las pasas de Corinto, y dejaron de comprar las de Denia. Estaban en su derecho, ¿no?... Aún se produce bastante uva por acá. Uva de mesa, en general. Y bastante pasa, por cierto. Alguien la compra, sin duda, aunque va puedes suponer que a precios modestísimos. Sea como sea, habrás comprobado que la mayoría de los “riu-raus” dan una triste impresión de abandono.

El “riu-rau” es una construcción típica de la Marina. O mejor: típica o propia del área del viñedo que se destina a la pasa. Aislados en el campo, junto a los secaderos donde se practica la operación de escaldar la uva y de exponerla al sol, estos edificios llevan adherida a su cara delantera una amplia galena porticada. Son bonitos. Más de un arquitecto al servido de urbanizadoras se ha inspirado en su aspecto para poner un leve acento etnográfico a las viviendas de veraneantes. Pero tiene razón mi amigo: los viejos “riu-raus” auténticos se desmoronan, están cerrados, pertenecen al silencio y a la desolación.

-¿Y...?

—Aquella buena época dejó una marca perdurable. Todo el mundo lo sabe: Denia es una ciudad que no se parece a las demás; a las demás ciudades valencianas, quiero decir. Aquí hubo protestantes y masones, y quizá queden algunos. Y un cementerio civil, o por lo menos no católico, abierto al público... No te rías. Hoy, con todo el lío postconciliar y con la barahúnda progresistoide, estos pequeños detalles serán desdeñables. Pero hay que valorarlos en su punto. Empezábamos a ser verdaderos liberales cuando España entera se negaba a serlo. Aquí no somos partidarios de la ira... Tal vez exagero...

—Estás en tu casa. Puedes exagerar cuanto gustes.

Ambos ponemos cara de ceremonia.

Aplicamos la pausa a observar a los que pasean. Se les oye hablar en castellano, en francés, en inglés, en alemán. ¿Quizá más en francés? Los vernaculoparlantes, calculo, seremos minoría, ahora y en esta calle. La indumentaria del gentío también es considerablemente heterogénea. No tanto como en Benidorm, por descontado. Dentro del tono ligero y poco convencional que ha de imperar en un sitio de vacaciones balnearias

y cálidas, los huéspedes de Denia resultan bastante morigerados. El predominio de las prendas breves es obvio, pero sin abusar...

Y pienso que sería divertido entretenerse en hacer cábalas acerca de quién es quién, en su lugar de origen. Aquel señor de allá, por ejemplo, sonrosado, serio, casi barrigudo, ¿no será un notario de provincias, y precisamente francés? Si los notarios de Balzac y de Paul de Kock hubiesen usado “shorts” —y me excuso por la irrespetuosa y anacrónica hipótesis—, habrían dado un resultado muy semejante o “eso”. ¿O puede que sea un ingeniero, un médico? ¿O un jefe de ventas? ¿O un diputado gaullista?... Con pantalón corto y camisola abierta, cualquiera puede ser confundido con cualquiera. Para “ser importante”, hay que vestirse, y vestirse mucho y bien: con materiales caros, con modelos escogidos, con antojos y galones. La dama desaseada y flácida, que en este momento se sienta en la mesa vecina a la nuestra, ¿cómo “vestirá” en Lyon, en Toulouse, en el mismísimo París?

### **Una tierra bella**

—Sin embargo, todo esto —y lo digo abarcando con un manotazo el hormigueo de la vía pública— dará muchos duros...

—No lo creas. Todavía no estamos al nivel de Altea o de Benidorm... Pero sí, bastantes duros.

Denia es uno de los más bellos fragmentos de costa que existen en el País Valenciano. “Costa brava”, además: cruce de roca y de mar, con rincones pintorescos, medio adustos y medio dóciles. No es lo frecuente, por estos pagos, donde todo suele ser playa llana y un tanto insípida, de arena fácil y pescado neutro. A sus espaldas, se levanta el Montgó:

“A la vora-vora del mar on vigila Montgó, els peus a l'aigua i ais [núvols lo front, omplia una verge son canter d'argila, mirant-se en la font...”

reza la «Balada de Mallorca» de mossèn Cinto. Soy incapaz de opinar sobre la geografía de L'Atlàntida, pero el Montgó en cuestión debe de ser éste. La ciudad, por lo demás, posee una historia ornamentada. Los eruditos barajan conjeturas ilustres: un poblado ibérico, una colonia griega, el correspondiente obispado visigodo, un reino moro particular... El reino moro de Denia llegó a incluir Ibiza, si no me engaño. Después fue un marquesado que, a la larga, cayó en manos de los Sandoval o de los Rojas. Un Sandoval y Rojas, valido de Felipe III, duque de Lerma por más señas, se trajo al monarca en excursión a sus dominios. Lo hizo más de una vez, y en una de ellas, Lope de Vega hizo de cronista con su verso cantarín y mercenario. Se cuenta que Cervantes, rescatado de Argel, desembarcó en este puerto. Etcétera. De todo ello quedan pocos residuos memorables. Pero no importa. El turista no busca arqueologías. Y si por casualidad es supersticioso de las antigüedades, le será suficiente advertir que hay unas ruinas de castillo a dos pasos de la orilla: con la conciencia tranquila, podrá seguir tomando el baño y el sol...

Decido concluir el interrogatorio. Las noticias que recojo no me vienen de nuevo, pero las quería reforzadas por un testimonio indígena. La exposición de mi amigo ha sido razonable. Tal vez se ha excedido en sus indicaciones sobre Burriana: el asunto de las experiencias internacionales de los “naranjeros” no es tan sencillo. Pero eso es lo de menos.

— ¿Y tú qué crees? ¿Se nota un cambio, un cambio visible, en Denia, por el roce con...?

— ¿Con los turistas? Siempre queda algo. Pero no tanto como en otras partes. Aquí llueve sobre mojado...

Pasa un grupo de muchachas gozosamente minifalderas. Hablan el más puro dialecto autóctono. Mientras repaso —con los ojos— la perfección de sus muslos, me asalta la sospecha de si “eso” no será más decisivo que los protestantes y los improbables masones. Marcuse diría que no. Pero Marcuse tampoco es de fiar. Nunca lo ha sido, y menos ahora, que gentes muy respetables le citan como si fuese un padre de la Iglesia, o casi. En fin...